RESEÑAS

Fernando Báez, *La destrucción cultural de Iraq. Un testimonio de posguerra*, 2004, Barcelona, Octaedro, 158 p.

Los comunicados procedentes de Bagdad son inadecuados, falsos e incompletos.

Todo se encuentra mucho peor de lo que nos han dicho.

Lawrence de Arabia (1920)

Dictadores, texanos y otros inconscientes

George Bernard Shaw aceptó o supuso la destrucción de la Biblioteca de Alejandría por las tropas romanas. En el segundo acto del drama *César y Cleopatra* recrea la escena: Teodoto, profundamente afligido por el incendio que ya acaricia la Biblioteca, ruega a César tomar provisiones. —El fuego se ha extendido desde vuestros barcos. Perece la primera de las siete maravillas del mundo. La biblioteca de Alejandría está en llamas. —¿Es eso todo?; alivia por la minucia de la noticia, César concentra su atención en las tropas y sus preparativos. Teodoto es incapaz de dar crédito a sus palabras: —¿Todo? César, ¿quieres pasar a la posteridad como un soldado bárbaro, demasiado ignorante como para conocer el valor de los libros? Pero César, sin apremio, justifica su pasividad: —Teodoto, yo mismo soy autor y te digo: es mejor que los egipcios vivan sus vidas en lugar de soñarlas con la ayuda de los libros. Las súplicas son inútiles, Teodoto gime, ruega, desespera: —César, una vez en cada diez generaciones de hombres el mundo conquista un libro inmortal. Todo es infructuoso ante el severo César.

La destrucción cultural de Iraq del filósofo venezolano Fernando Báez recorre esta misma (des)preocupación. Invitado por una sociedad interuni-

versitaria deudora de la *Comisión de Patrimonio* de la UNESCO, Báez visitó el país pocas semanas después de haber ‘concluido’ la guerra en calidad de investigador. Se entrevistó con libreros, museógrafos, bibliotecarios, profesores y un raudal de personajes. Como si se tratara de una novela, recuerda sus peripecias en los caminos de Bagdad, desde un asesinato a quemarropa del cual fue testigo hasta ataques con *kalashnikov*, y presenta un informe de las averiguaciones.

Iraq poseía, en buena medida gracias al propio Hussein, un sinnúmero de museos, bibliotecas, centros culturales y zonas arqueológicas. Medianamente culto, novelista, aficionado a la arqueología, experto en museos y curaduría, Hussein fraguó una extensa red cultural y dio facilidades a escritores, artistas, profesores, actores y académicos. A cambio de una condición: su filiación al Baaz.

La tiranía cultural de Hussein no fue menos terrible que su opresión política y social. El dictador se ocupó de imponer la cultura. Sometió a los intelectuales iraquíes y les exigió adulación. La presencia del Baaz en bibliotecas y museos amparó la censura activa (quema de libros) y pasiva (autores, libros desaprobados). La burocracia cultural del régimen estableció programas ajenos a la tradición nacional. Comenzaron entonces las componendas: académicos e intelectuales se confabularon con el régimen a cambio de aprobación y dinero. Los profesores del *Ejército de Voluntarios* gozaban de facilidades para investigar en Centroeuropa; muchos estudiantes debían asociarse al partido con miras a iniciar la universidad; el gobierno controlaba los registros personales de docentes y alumnos; los empleados del sistema cultural participaban en los comités en defensa del sistema. El Baaz lo filtraba todo, desde los materiales para esculpir hasta la autorización para rodar una película. Se llegó incluso a la impudicia, por decir lo menos, de sustituir los ladrillos originales de Babilonia por otros con el nombre del Presidente.

Para liberar al pueblo de dicha tiranía, Bush orquestó la mentada invasión. Despreocupado por insignificancias mayores y menores relativas al orden del mundo, como tantas veces, incumplió los preceptos de la *Convención* de La Haya de 1954. El artículo tercero vela por el patrimonio cultural de los países en conflicto: las partes contratantes se comprometen a salvaguardar los bienes culturales durante la guerra. Después de Bosnia se acordó un *Segundo Protocolo*, firmado en 1999, para prevenir el tráfico de piezas.

La Casa Blanca cuenta con un comité de expertos en arte, quienes advirtieron el riesgo, “particularmente grave en una guerra preventiva”. Bush los desestimó. No protegió los recintos de interés histórico, artístico, académico o cultural: optó por concentrar efectivos en el Ministerio del Petróleo —ni un lápiz se perdió.

Difícilmente se roba un libro por hambre. No, la ruina cultural no obedece a motivos de pobreza sino de insatisfacción política. Al odio y al rencor. Para la guerrilla, los ámbitos culturales, llámense Biblioteca Nacional, Universidad de Bagdad, Museo Arqueológico, Centro de Manuscritos, Biblioteca Al-Awqaf, Academia de las Ciencias o Colegio de Médicos, representan el régimen de Hussein. La propaganda incesante los trucó en palacios o estatuas del tirano, en símbolos a destruir y borrar. Atacarlos es ajusticiarlos. No puede extrañar que los vecinos de *Saddam City*, indigentes, maltratados durante años, hayan pensado para sí: “arrasémoslo todo para cobrar venganza”. Eso parecen mostrar los *graffiti* en las ruinas: *Muera Saddam* y otros.

Cuando la prensa internacional ventiló los saqueos a mediados de abril del año pasado, tres asesores culturales (Martin Sullivan, Richard S. Lanier y Gary Vikan) renunciaron a sus cargos. Los tres responsabilizaron al gobierno por su falta de precaución y sensibilidad. Estados Unidos no lo reconoce del todo. “Cuestión de números”, arguyó alguien, “Iraq cuenta con más de diez mil sitios arqueológicos. Imagine que colocamos cinco hombres. Son 50,000 soldados, ¿está usted loco?” Otros hablan de *daños colaterales* y los más generosos de *error estratégico*. Esa incuria fue indulgente con el vandalismo. No sorprende, pues, la repentina urgencia de Estados Unidos por reincorporarse a la *Unesco*, tras veinte años de desinterés. Lo hizo el octubre pasado. Báez y muchos otros leen entre líneas una maniobra política para evitar contrariedades por estas violaciones comprobadas.

La proporción de la ruina cultural en Iraq es comparable a su riqueza. Allí inventó el hombre la escritura, el primer código de leyes, los poemas épicos, el calendario. En esa franja que el Éufrates y el Tigris delimitan, cundieron los dioses, las mitologías, las *Mil noches y una noche*, las teorías del diluvio. Las más antiguas tablillas cuneiformes se han encontrado en Uruk, por ejemplo. Obras de arte inmemoriales y publicaciones honorables desaparecieron en la polvareda o el mercado negro. Por fortuna, algunas piezas se salvaron o recuperaron, como la *Dama de Warca*, denominada la *Mona Lisa de Mesopotamia*.

La destrucción cultural de Iraq reporta esta salvajería. Aunque adolece de cierto desequilibrio entre sus capítulos y se repite en algunas páginas es una campanada imposible de obviar.

Agotado por sus infecundos ruegos, ante el ardor y la luz cegadora de la Biblioteca, Teodoto amonesta a César: –Lo que arde allí es la memoria de la humanidad. –Es una memoria infame, dejadla arder, zanja César. –¿Destruyes el pasado? –Sí, para construir el futuro con sus ruinas... Cualquier símil con los criterios texanos es mera literatura irlandesa.

ENRIQUE G DE LA G
Ensayista e investigador mexicano